



Enrique Urquiza López

Nace en Villar del Salz a principios de los años cincuenta. A los once años sale del pueblo para no volver más que de manera esporádica. Siempre pasó hambre de pueblo, aunque no oculta su amor a la tierra que le adoptó desde niño, Valencia. Allí se gana la vida administrando bienes ajenos.

La muerte de sus padres es el factor determinante que le impulsa a volcar en hojas blancas sus sentimientos en un intento de recuperar aquellos maravillosos años en los que “estábamos todos”. Estos poemas, y un libro inédito sobre el Villar del Salz de los años sesenta, son producto de un ataque agudo de añoranza. Todos los poemas que aquí se publican guardan relación con su pueblo natal, y en la mayoría de ellos evoca los pocos años, once, que en él vivió.

Ataque de añoranza

Enrique Urquiza López

LAS CAMPANAS DE VILLAR DEL SALZ

Orgullosas, vigilantes.
Desde su trono romano,
con sus lenguas pendulantes
que forjara el dios Vulcano,
lanzan, cifrados al viento,
mensajes a un receptor
que en tristeza o en contento
los convierte el traductor.
¡Cuántas veces con sus sonos
despertaron mi emoción
y otras, pocas, en jirones
rasgaron mi corazón!
Campanas de piedra y bronce,
campanas de mi Villar,
¿Qué tendrán esas campanas
que tanto me hacen vibrar?

EL BAILE DE 1958

En el patio de Aljarde,
ubicado en un rincón,
toca El Ciego sobre el pozo,
música de acordeón.

A los pies le deja un mozo
vino tinto en un porrón
que El Ciego, a tientas, empina
después de cada canción.

Y las parejas, si toca,
bailan el Gato Montés,
y giran como peonzas
del derecho o del revés.

Entre vuelta y vuelta un guiño,
y una mano deslizante
sobre camisa o corpiño
buscando calor de carne.

Complicidad en los roces
y resistencia de espiga.

Golpe que se hace caricia
invitando a tentativa.

Y los cuerpos se estremecen
tras haberla consentido
y las sonrisas camuflan
los deseos reprimidos.

Se susurran confidencias
dos mozas en un rincón,
y fingen indiferencia
hacia cierto pantalón.

Los mozos ríen y fuman
y un chaval, que está mirando,
empina el porrón del ciego
mientras éste toca un tango.
Y mientras bailan y silban
al compás de la canción
toca El Ciego sobre el pozo
su vetusta acordeón.

EL ABUELO JUAN DOMINGO 1962 (1)

(En el prado)

Como otras tantas tardes
llega a mi puerta.

No hace falta llamar,
siempre está abierta.

— ¡Mercedes! ¿Y el muchacho?,
dice pausado,
que se venga conmigo
que voy al prado.

— Padre, tenga cuidado
con el chiquillo —
y le da la merienda
en un saquillo.

A lomos de la burra,
abuelo y nieto,
por San Antonio arriba
vamos al huerto.

Pasaremos la tarde
entre las matas
de borraja, judías,
coles, patatas...

El riega y quita hierbas
por el hortal,
yo cojo escalambrujos
en un zarzal.

Mientras hago una presa
de piedra y barro,
él descansa y, despacio,
lía un cigarro.

Por el ruido adivino
que viene el tren
y me tumbo en la falda
del terraplén.

Tremolan las acacias,
retumba el puente,
los pájaros se asustan
de la serpiente.

Mi abuelo echa judías
en un capazo,
la burra mordisquea
por el ribazo.

— ¿Nos bajamos, abuelo?
— Lo que tú quieras;
en cuanto que revise
las tomateras.

La sombra de los chopos
se hace alargada
cuando del sol no queda
ya casi nada.

Recogemos los trastos
en un momento
y volvemos al pueblo
a paso lento.

EL ABUELO JUAN DOMINGO 1962 (2)

(En la plaza del Cantón)

En la puerta de casa,
al solecico,
jugamos al guiñote
muy despacico.
Mesica de madera,
mantel de paño,
Las cartas “tripa-arriba”.
— Tú juegas, maño.
Casi siempre le gano,
y se me queja,
como si yo no supiera
que es que se deja.

EL ABUELO JUAN DOMINGO 1962 (3)

(El adiós)

Es un día de octubre
frío y plomizo,
de los de niebla blanca,
miedo y hechizo.
Amanece llorando
el calendario;
se masca la tristeza
en el vecindario.
A eso de media tarde
se oye el tañido
de campanas de muerte,
como un quejido.
Sonidos de dolor
al viento evocan,
mis manos de diez años
son las que tocan.
Las palomas no vuelan
surcando el cielo,
que ha de estar despejado.
¡Se va el abuelo!

ADIÓS A LAS MINAS

Dormitan las tripas de las montañas
las mismas que arañaban los mineros,
han quedado desiertas las chabolas,
la hierba se adueña de los senderos.
La maquinaria ha huido por sorpresa,
los trenes no conocen compañeros,
saltan las ratas, el barco se va a pique
y hasta el fondo se lleva a cien mineros.
La ignorancia y el temor van de la mano,
nadie coge la batuta del concierto;
de espuma de jabón las barricadas,
mal de muchos no alcanza a ser consuelo.
Ojo avizor, vigila, estáte atento
que el vagón del desahucio ya esta lleno
que los malos se lo llevan, alevosos,
y hay traidores que firman con veneno.
Prometen soluciones, venden humo,
son lobos disfrazados de corderos
que empujan, manipulan y sentencian
sin haberse celebrado juicio previo.
Impasibles van cortando raíces
insensibles van sembrando destierros
y a sus voces fraudulentas y fulleras
responden, asombrados, cien silencios.
No pelean por falta de costumbre,
no hay guerra, ni muertos, ni prisioneros
sin remedio van a ser crucificados,
preparados están los cien maderos.

EL PIMPOLLO DE 1960

Bajan los quintos al río,
midiendo los chopos van,
que hay elegir el pimpollo,
pues ya está cerca San Juan.
Unos dicen que el más alto
es el que habrán de cortar;
otros ya han echado el ojo
al más gordo del lugar.
No habrá disputa este año,
no hará falta ni votar,
que el más gordo y el más alto
en las Marujas está.
Las hachas pasan revista
en las piedras de afilar
desoxidando su cresta
hasta que la ven brillar.
El acero sacia su hambre
a la vera del juncal
y luchan desigualmente
madera contra metal.
En el frontón hoy hay fiesta
que el pimpollo hay que plantar.
Los quintos no pueden solos
y los tendrán que ayudar.
Hay uno que ordena y manda
cual si fuera el caporal,
él sincroniza el esfuerzo
y hacia arriba el chopo va.

Las cuerdas se tornan vientos
para aflojar o tensar,
diez brazos se vuelven uno
cuando dicen de estirar
Y entre gritos y exultante
satisfacción general,
quedase al fin el pimpollo
en perfecta vertical.

LA HOGUERA DE SAN ANTÓN DE 1959

Es diecisiete de enero,
el día de San Antón,
día de fiesta y hogueras
cual manda la tradición.
Mozos y niños al monte
se han ido en expedición
a por chaparros y estepas
a la falda del Morrón.
Hoy habrá pique de barrios,
hoy habrá competición,
a ver quien hace la hoguera
mayor que la del Cantón.
Cuando empiezan las tinieblas
se hace un corro alrededor
y el barrio aguarda expectante
un único resplandor.
Las chustas buscan el cielo
para su liberación
y su libertad proclaman
con una leve explosión.
Hoy las barderas del pueblo
pagan su contribución,
las del Cantón a la Peña,
las de la Peña al Cantón.
Nadie se siente robado
y nadie busca al ladrón,
que sigan las hojarascas
de la bardera al montón.

Cuando se acaban las llamas,
cuando se aplaca el calor,
apetece un buen somarro
y patatas al tizón.
Las botas de vino limpian
los dientes y el garganchón
cantando "... la bola, bola..."
que es más reloj que canción.
Relatos, cuentos e historias
se escuchan con atención;
aunque algunos se las saben
no ha lugar la interrupción.

La hoguera ya no hace ruido,
más gris que rojo el color;
nadie remueve las ascuas
para que vuelva el calor.
Las bocas se van abriendo,
los cuerpos piden colchón,
descansan hasta mañana
el Bambú y el Cuarterón.
Y tras mear en la hoguera
un mozo trasnochador
quedase sola la hoguera
del día de San Antón.